

la de Felipe. Se dirá de Carlos V lo que baste para comprenderle. Se le examinará bajo el aspecto de rey, de estadista, de capitán, de hombre adicto mas ó menos á los dictámenes de su ambición, á sus principios políticos, á sus creencias religiosas. Se hablará con la misma rapidez de los principales personajes de su tiempo, de las guerras que encendieron la Europa, del estado de las ciencias, de las artes, de la literatura, de las contiendas religiosas, figuras tan importantes de este cuadro. Se enlazará, en fin, de tal manera esta especie de introducción al cuerpo de la obra, que del todo resulte una exposición de cuanto el siglo XVI produjo de importante, de grande, de influyente en los destinos de los hombres, con la diferencia de que en la segunda de Felipe II se entrará en particularidades que por precisión tienen que faltar en la primera.

Tal es nuestro plan objeto de un estudio grave, detenido y meditado. Sobre su ejecución nada tenemos que decir al público que va á juzgarla. Cualquiera falta de fuerza que se advierta en ella se echará de ver al menos que no somos sistemáticos ni exclusivos, que no pertenecemos propiamente á ninguna de las cuales en que se dividen los que por escrito ó de otro modo dan al público sus pensamientos. Hombres de hechos, solo en su sencilla, clara y lógica exposición se cifrará nuestra tarea. No vamos á escribir la sátira ni hacer el apoteosis de Felipe II, rey de España; aspiramos solo á presentar de este monarca y de su tiempo un retrato fiel hasta el punto á donde alcancen nuestras fuerzas.

---

## HISTORIA

DE

# FELIPE II, REY DE ESPAÑA.

---

### CAPITULO I.

Estado de la Europa al principio del siglo XVI.-España. Inglaterra y Alemania, -Italia. - Portugal. - Imperio Otomano.-Fuerzas permanentes.-Poder absoluto.

**A**nunciaban los últimos años del siglo XV que iba á abrir el XVI una nueva época, para casi todas las naciones de la Europa. Los cambios en política y demas, que ordinariamente siguen las leyes de una marcha lenta y progresiva, tuvieron el carácter de aquellas transiciones rápidas, que se deben á la mano de las revoluciones. En todos los estados se experimentaron mudanzas considerables, nacidas, con corta diferencia, de las mismas causas. Mas á ninguno se puede aplicar esta observación con mas exactitud que á nuestra España. Dividido este país en tantos estados independientes muy pocos años antes, estaba en vísperas de componer una sola y compacta monarquía. Había unido un matrimonio feliz las coronas de Castilla y Aragon, y dado la conquista á los reyes católicos el único reino de dominación sarracena que restaba en la Península. Igual suerte aguardaba á Navarra, cuya posesión, disputada por las casas de Foix

y de Castilla, iba á ser adjudicada á los derechos del mas fuerte. Por uno de estos caprichos tan comunes del destino, el pais, que despues de tantos sacrificios, tan porfiadas guerras durante muchos siglos, habia llegado al estado de unidad política, debia de hacer parte de un mas vasto Estado, pasando á manos de un príncipe extranjero, dueño ya de muy ricas posesiones; perspectiva grande á los ojos de los que confunden tal vez la felicidad de un pais con la grandeza de sus reyes; mas que turbaba sin duda la quietud de cuantos contemplaban los azares que correria su pais en un cambio nuevo de política.

Fueron sin duda los reyes católicos los monarcas de mas prudencia, sagacidad y dotes de gobierno, que contaba España en sus anales. Con diferencias tan marcadas en índole y carácter contribuyeron ambos, sin poderse asegurar de qué parte con mas saber y habilidad, á componer de tantas provincias un grande poderio. Ni Fernando dominaba á Isabel, ni al rey de Aragon obedecia la Soberana de Castilla. Eran ambos como dos compañeros de fortuna, que poniendo casi un mismo capital, trabajaban con la misma actividad por sus aumentos, de que ambos participaban igualmente. Ningunos fueron mas adelante en los proyectos que entonces animaban á los principales monarcas de Europa de ensanchar los límites de su poder, enfrenando los bríos de la aristocracia. Se sabe con cuánto celo se aplicaron á restablecer el orden y tranquilidad en sus estados, á promover los intereses materiales del pueblo, á establecer fuerzas permanentes, que dependiendo en un todo de la corona, le diesen toda la autoridad que tanto ambicionaban. Con la incorporacion en ella de los maestrazgos de las órdenes militares, perdieron éstas su poder, y dejaron de brillar con el lustre que antes en los campos de batalla. En todo se sintió la mano activa y vigorosa de estos reyes. Los grandes que poseian antes tantos medios de turbarles su repóso, no fueron desde entonces mas que

meros instrumentos de su autoridad, que cifraban su prezo y su esplendor en contribuir á su grandeza.

La conquista de Nápoles ocurrida á principios de aquel siglo, contribuyó asimismo al brillo de un reinado, que sin duda atraia poderosamente las miradas de la Europa. Fue una gran felicidad para las armas españolas, que el jefe puesto á su cabeza hubiese merecido por su habilidad el título de gran Capitan, conferido por amigos y enemigos, sin que nunca la posteridad haya pensado en disputarle un renombre, de que sin duda se mostró muy digno. Otros caudillos le alcanzaron en aquella lucha célebre, y esparcieron en la Europa el brillo militar de una nacion probada en tantas guerras. La infantería española adquirió desde entonces una primacia, que conserva casi por espacio de dos siglos. El gran Capitan formó una escuela de famosos capitanes, cuyos nombres son citados con estimacion, y cuyas glorias no se han oscurecido todavia.

Para hacer mas singular, para coronar las prosperidades de un reinado tan famoso, les deparó la fortuna y el genio de un grande hombre la adquisicion de un nuevo mundo, que iba á causar una revolucion en los destinos de la especie humana. Sin Colon, no hubiese contemplado Europa este descubrimiento portentoso; mas sin el buen sentido de la reina Isabel, que acogió á Colon despues de haber sido desechado por los mas poderosos príncipes de la cristiandad, hubiese pasado por uno de estos hombres visionarios que creen en sus sueños, y bajado al sepulcro con su genio y su saber, sin quedar de él ni el sonido de su nombre. Los descubridores del nuevo continente fueron los reyes católicos de España. A ellos se les debe, sin que la envidia haya podido oscurecer una verdad tan gloriosa para nuestra historia.

Y para decirlo todo, ó mas bien no omitir nada de lo mas importante que á dichos reyes católicos concierne, no pasaremos en silencio el establecimiento del tribunal de la Inquisicion, ó mas bien su reglamento bajo bases

nuevas, y con atribuciones que hicieron de él una institución tan formidable. No eran tal vez mas intolerantes los reyes católicos que los demas príncipes de Europa, como aparece de la historia. No hay que olvidar que las primeras hogueras no se encendieron en España; pues en todos los siglos que se llaman la edad media, no se usaba otro método de castigar á los judíos, á los herejes, á los hechiceros, á los que pasaban por enemigos de Dios, ó de la religion, ó de la iglesia. Era la jurisprudencia, el derecho público de entonces. Mas cualesquiera que hubiesen sido los verdaderos motivos que á dichos dos reyes animaron, no hay duda de que el establecimiento de este tribunal, dedicado exclusivamente á castigar delitos contra la fe, revestido de tan grandes facultades, y con un código de procedimientos tan extraordinario, ha influido demasiado en los destinos de esta nacion, para que no se le cite como uno de los rasgos mas característicos de nuestra historia (1).

¿Cuál hubiera sido el destino de España á no haber muerto sin sucesion el príncipe don Juan, único heredero de todas sus coronas, á no haber pasado estas á las manos de un príncipe extranjero? Dificil es conjeturarlo. Mas en la suerte de los hombres como de los pueblos influyen combinaciones, accidentes fortuitos, que no es dado ni preveer ni alterar á la prudencia humana. Quizá algunos de los españoles de aquel tiempo miraron con aprension y descontento la salida de su corona fuera del país; quizá otros se entusiasmaron con la perspectiva de un aumento aparente de grandeza. En la historia de los reinados sucesivos se encuentra la solucion de lo que sin duda era un problema para todos.

No se diferencia mucho el estado de la política de Francia del de España en el principio del siglo á que se alude; mas los esfuerzos para aumentar el poder de la

(1) Véase la nota A al fin del tomo.

corona, y disminuir el de los grandes, fechaba de mas lejos. Carlos VII, que habia visto la mitad de sus estados en poder de fuerzas extranjeras, y conquistado, por decirlo así, la herencia de sus padres, se aplicó igualmente á tomar cuantas medidas le parecieren propias para impedir la renovacion de aquellas turbulencias. El establecimiento de las fuerzas armadas permanentes se debe sin duda á estas precauciones, á la ambicion del rey, á su genio belicoso. Su sucesor Luis XI, tan diferente en muchas cosas de su padre, heredó en esta parte su política. Con mas sagacidad, con mas astucia, con toda la fuerza de carácter que supera obstáculos, sin ningun escrúpulo de emplear cualesquiera medios que llevasen á sus fines, ningun rey fue mas temido sobre el trono, ninguno abatió y humilló mas la frente de la aristocracia, ninguno derramó mas sangre de sus súbditos, ninguno trabajó mas eficazmente por los intereses de sus pueblos, en cuanto esto no estaba en contradiccion con los suyos propios, y le servian de instrumento para humillar á la nobleza. El despotismo político, el poder real de los reyes de Francia, acabó de arraigarse en su reinado. Hasta las guerras civiles que ocurrieron un siglo despues, y esto por causas que no pudo preveer aquel monarca, no rebulló ningun grande, ninguno de los príncipes feudatarios que contaba entonces la corona. No se hizo conocer su hijo Carlos VIII en los pocos años que ocupó el trono, mas que en su expedicion en Nápoles, que por todos fue graduada de insensata, sin duda por su funesto resultado. Entonces fue cuando las armas españolas se midieron por primera vez con las francesas, y con tanta gloria para las primeras. Luis XII, contemporáneo tambien de nuestros reyes católicos, fue un príncipe de capacidad y no menos ambicion, aunque muy poco feliz en las empresas. Tambien guerreó contra nosotros en Nápoles, y con el mismo fruto que su antecesor; mas reparó la mala fortuna de sus armas en la brillante jornada de Rávena.

Luis XII de Francia pasa por un buen rey; obtuvo y mereció sin duda el nombre de Padre del pueblo; mas en la conservacion de todas las prerogativas y preponderancia modernamente adquiridas, no se mostró menos celoso que sus predecesores.

En Inglaterra, Enrique VII, primer principe de la casa de Tudor, habia subido al trono despues de una de las guerras civiles mas sangrientas que habian despedazado aquel pais tan famoso por sus convulsiones. Horror inspira la pintura de las luchas encarnizadas, de las venganzas particulares, de los actos terribles de crueldad, de las innumerables víctimas en los cadalsos, que produjo aquella contienda entre las casas de Lancaster y de York, conocida con el nombre de la guerra de las Rosas. Los derechos al trono de Enrique VII, que decia el heredero y representante de la primera de aquellas dos familias, eran muy equívocos. Debió los mas legítimos á la victoria, habiendo derrotado y dejado muerto en el campo de batalla á Ricardo III, que se habia hecho tan célebre y temido por sus atrocidades. El nuevo rey era sagaz y previsor: conocia demasiado la índole de aquellos acontecimientos para no atacar en su germen las causas que los habian producido. Con mano firme emprendió y trabajó en su obra. Pocos reyes tuvo mas enemigos el orgullo y la ambicion de los barones. Atento á refrenarlos, se aplicó con mucho zelo á buscar un apoyo en el aumento de los derechos y bienestar del pueblo. Enrique VII fue un rey temido, respetado y poderoso, tan resuelto en el gabinete como lo habia sido en el campo de batalla. Sus leyes son citadas con elogio, y su despotismo no fue perdido para los Tudores.

El imperio de Alemania adolecia siempre de los vicios de su institucion; un cuerpo de muchas cabezas con una nominal; una confederacion de vínculos, tan flojos que entre sus miembros tan heterogéneos se introducía á cada momento la discordia. El cetro imperial se halla-

ba entonces en la casa de Austria. Maximiliano que le ocupaba no era considerado y temido como un monarca poderoso. Dueño por su matrimonio con la heredera de la casa de Borgoña de sus vastos estados en los Países-Bajos, no parecia que habian aumentado mucho su verdadero poderío. En nada fué objeto particular de nombradía este monarca. Su mayor título á la fama es haber sido abuelo y antecesor de Carlos V.

Hablaré muy poco de Italia, cuyos estados diferentes no tenian entonces, lo mismo que sucede ahora, mas conexiones que el nombre de italianos, y hablar sobre poco mas ó menos una misma lengua. Era Nápoles teatro de contienda entre la casa de Aragon y Francia despues que se habian coligado para despojar de él á sus antiguos dueños. La república de Venecia continuaba su estado de prosperidad, y se hallaba en visperas de ser blanco de una liga que amenazaba su existencia. Era el Milanésado el grande objeto de la ambicion de Luis XII que reclamaba este pais, como heredero de la casa de Visconti, asi como en representacion de los derechos de la de Anjou, la posesion de Nápoles. No fué sin embargo tan desgraciado en aquella empresa como en esta; y por algun tiempo se llamó duque de Milán de hecho como de derecho. Se hallaba la Toscana en un estado floreciente á pesar de sus disturbios, bajo la dominacion indirecta de los Médicis, pues no llevaban todavía el título de duques. El poder de los papas iba muy en decadencia, mas si bajo el aspecto solo de pontífices, no representaban tan gran papel como en tiempos anteriores, se mezclaban como principes en todas las contiendas que dividian á los de su tiempo. Poco ó nada diremos de Alejandro VI que al principio del siglo XVI ocupaba la silla de San Pedro. Tampoco entraremos en pormenores de la ambicion, las violencias y las atrocidades de su hijo Cesar Borja que fué el terror de los pequeños principes, á cuyos estados reclamaba la sede pontificia algun derecho, y que despojaba en virtud del derecho del mas fuerte.

Los que iban á ser sucesores de Alejandro, no fueron menos célebres, á lo menos por su ambicion y sus intrigas. Julio II, no solo tomó parte en las guerras, sino que fué general de sus ejércitos. El sentimiento general que entonces como ahora dominaba en Italia, era el odio al yugo de los extranjerios; y *arrojad á los bárbaros* de Italia, fué el dicho favorito del último papa que citamos (1).

Entre los estados de Europa, no olvidaremos á Portugal que no era seguramente el último, bajo cuantos aspectos se le considere. El reinado de Juan II que llegó hasta fines del siglo XV, fué feliz y próspero. En gran manera participó este príncipe de las máximas de política que animaron á los reyes católicos, y á todos los monarcas de su tiempo. También refundió en su persona los maestrazgos de las órdenes militares de Cristo y Avis, de la misma preponderancia en su país, que el de las nuestras en Castilla. En el reinado siguiente se abrió con el descubrimiento del Cabo de Buena-Esperanza para Portugal un nuevo campo de grandeza, y se echaron los cimientos de su grande imperio en las costas de Africa y de Asia. El rey D. Manuel fué uno de los monarcas mas poderosos del siglo, y las alianzas de familia de Portugal con España que entonces comenzaron, dieron con el tiempo origen á sucesos muy considerables.

Cerrára la lista de los estados europeos de aquel tiempo el de los Turcos Otomanos, que despues de haber invadido y conquistado todos los Estados de Asia del imperio del Oriente, habian pasado y llevado á los de Europa sus medias lunas victoriosas. Hacia solo medio siglo que á los esfuerzos terribles de Mahoma II, habia dado el imperio romano su postrer suspiro en los muros de Constantinopla. Fronterizos de la Hungría, cuyas fuerzas habian derrotado en dos batallas, amenazaban al im-

---

(1) Véase la nota B al fin del tomo.

perio de la cristiandad entera. Habian sido pisadas ya las costas de Italia por sus armas victoriosas. Estaba en visperas Selim de añadir el Egipto á sus conquistas, cuya continuacion fue encomendada á su sucesor Soliman el Magnífico, que mereció mejor el nombre de terrible por la sed de su ambicion, y la ferocidad con que llevó adelante sus empresas. Ofrecia entonces el imperio Otomano el brillante espectáculo de todo lo que crece, y con rapidez se desenrolla por la fuerza de las armas. Con muy raras excepciones, todos los sultanes de aquella nueva raza, se habian mostrado ambiciosos, valientes, diestros y afortunados capitanes.

Así se abrió el siglo XVI para la mayor parte de los pueblos de la Europa. Una revolucion en política se manifestaba en las ideas, en las máximas de gobierno, que animaban á casi todos sus monarcas. Por todas partes se echaban los cimientos del despotismo de los tronos, abatiendo el orgullo de los grandes feudatarios de la corona, alistando fuerzas permanentes. Por todas partes comenzaba la guerra á ser considerada como una profesion y como un arte. Si grandes capitanes se cubrieron de laureles en el medio y fines de aquel siglo, no fueron menos esclarecidos los que florecieron en sus primeros años. En ellos, y en los últimos del anterior, principia con algunas excepciones lo que se llama la época del renacimiento de las ciencias y las artes, de que se hablará á su tiempo.

Los resultados de los descubrimientos de Colon y de Vasco de Gama, no podian ser mas que prodigiosos: así lo fueron en efecto. El siglo XVI abrió, pues, una nueva época para las naciones del orbe civilizado, trazándose por sí misma la línea de separacion que de los demas le distinguia.

## CAPITULO II.

Advenimiento de la casa de Austria al trono de España.-- Felipe el Hermoso.-- Celos y rivalidades.-- Muerte de Felipe.-- Regencia de Fernando el Católico.-- Del cardenal Jimenez Cisneros.-- Venida de Carlos I.

**A** la muerte de doña Isabel, pasaron los reinos de Castilla á su hija doña Juana, conocida con el sobrenombre de la Loca; y por el matrimonio de ésta con don Felipe de Austria, hijo del emperador Maximiliano I, á dicha casa extranjera, que tanto ascendiente iba á tomar con esta herencia en los negocios de la Europa.

Habia heredado Felipe de su madre María de Borgoña todos los estados de esta casa, á excepcion del ducado de su nombre, que habia sido incorporado en la corona de Francia por Luis XI. Aun con esta rebaja tan considerable, podia considerarse como un príncipe de la primera gerarquía. Dueño ya de las ricas posesiones de los Países Bajos, heredero de los Estados de la casa de Austria, traía en su enlace con la princesa española casi tanto como recibía. Así iba á ser España una fraccion sola de un mas vasto Estado, compuesto de partes heterogéneas, que no podian tener unos mismos intereses; situacion particular que abria para ella nueva época.

Habia mostrado el príncipe en todas ocasiones poca afición á España y á su esposa. Aclamado rey de Castilla, no hubiese venido á tomar posesion de su corona, á no ser llamado por los enemigos personales, ó los que estaban cansados del dominio de Fernando. Tambien éste interpuso sus ruegos, despechado sin duda de las frialdades de una corte, deseosa de ver al señor nuevo. Con entusiasmo fué recibido Felipe por sus súbditos, á quienes se mostró afable, agradecido y franco. Cortés, reservada y fria fué la entrevista entre suegro y yerno, tan diferentes en edad y en genio. Pasó en seguida el rey de Castilla á participar de los festejos de la corte; se resti-

tuyó el de Aragon á sus estados, engolfado como siempre en su política. Con el nuevo matrimonio de este rey con Germana de Foix, se vieron en peligro de otra separacion las dos coronas: sin duda lo deseaba el de Aragon, para que no pasasen sus estados á una casa extraña: mas no fue dichoso en el empeño.

Felipe el Hermoso no hizo mas que presentarse sobre el trono español, sin dejar en él mas memoria que la de una rivalidad entre nativos y extranjeros, que nos fué con el tiempo muy funesta. Le arrebató la muerte en lo mas florido de la edad, dejando el trono de Castilla á un niño de siete años que fué despues el famoso Carlos V. A mas de este príncipe, tuvo de la reina Doña Juana el infante D. Fernando que fué con el tiempo emperador, y á las infantas Doña Leonor, Doña Isabel, Doña María y Doña Catalina que todas fueron reinas (1). La viuda Doña Juana que era la propietaria de Castilla no figuraba para nada, á causa de su incapacidad mental tenida por demencia. Así á la muerte de Felipe, fué aclamado por rey de Castilla Carlos I en compañía de su madre. El país necesitaba un regente, y por mucha antipatía que en algunos grandes excitase Fernando de Aragon, el bien del estado pudo mas que individuales sentimientos. Fué la regencia de este príncipe en Castilla, una continuacion de su reinado antecedente. La misma política, la misma tendencia á fomentar los intereses de la autoridad real, la misma índole de moverse de un punto á otro siempre por la línea curva. Se presentaron triunfantes sus armas en Nápoles, y aquel rico país se hallaba definitivamente incorporado á su corona. Por la patriótica munificencia del cardenal Cisneros, tremolaban los pendones castellanos en Orán, en Mazalquivir,

(1) Se casó la primera con el rey D. Manuel de Portugal, viudo de dos hijas de los reyes católicos, y por consiguiente tias de Doña Leonor; la segunda con el rey de Dinamarca, Cristierno III; la tercera con Luis de Hungría; la cuarta con el rey D. Juan III de Portugal, hijo y sucesor de D. Manuel.

en Bujía y en otros varios puntos de Africa. La brillante victoria obtenida en Rávena por las armas de Luis XII rey de Francia, trastornó los planes del rey Católico; mas el reino de Navarra quedó asegurado por la fuerza de las armas á la corona de Castilla, á pesar de la invasión proyectada por aquel monarca (1).

A la muerte de Fernando el Católico, contaba ya 16 años de edad el rey D. Carlos de Austria. En el año que medió hasta su venida á España, quiso su buena suerte que la regencia estuviese encomendada al cardenal Jimenez Cisneros, hombre verdaderamente insigne por su piedad, por la elevacion de sus sentimientos, por su gran corazon y sobre todo por la energía que desplegó en el gobierno de estos reinos. Se le habia dado como socio y compañero al cardenal Adriano; mas sino en el nombre, fué en realidad Cisneros el único regente. Protector de las ciencias y las buenas letras, fundador de la universidad de Alcalá, la dotó de cuanto podia contribuir á difundir las luces de aquel siglo, dejando en la publicacion de la Biblia Complutense uno de los mas grandes monumentos de su ilustracion y su munificencia. Sentimos que la naturaleza de este trabajo, no nos permita mas pormenores sobre un personaje que bajo el hábito de S. Francisco, y con toda la austeridad que esta regla prescribia, se mostró sabio, hábil estadista, gobernante duro y despótico, general de ejército, y hasta orador militar, pues arengó á los soldados en las playas de Africa. Casi todos los historiadores de aquel periodo están consignados los principales hechos de su vida (2).

En setiembre de 1517 desembarcó en España Carlos, hijo primogénito de Felipe el Hermoso, que inmediatamente tomó las riendas del estado. Le felicitó por escrito el cardenal, mas no se presentó en la corte de

(1) Véase la nota C al fin del tomo.

(2) Véase entre otros à Alvarus Gomecius, de rebus gestis Francisci Ximenii.

donde le alejó una carta fria del monarca, dándole las gracias por sus servicios y deseándole descanso. Muy poco tiempo gozó el prelado de su retiro, oprimido con el peso de los años, y tal vez no poco de una conducta que con el sello de ingrata se mostraba. El cardenal Jimenez de Cisneros dejó sin duda un nombre esclarecido, de los que engrandecen nuestra historia.

### CAPITULO III. (1)

**Gobierno de Carlos V.--Considerado este príncipe como monarca, como capitán.--Su poder.--Su política.--sus guerras contra Francia.--Con el papa.--Con el turco.--Expedicion en Túnez.**

**S**e veía por la muerte de Fernando el Católico, 1516 y 1535, un príncipe de 16 años dueño de unos estados y con un poderío de que no habia ejemplo en Europa desde Carlo-Magno. Heredaba en virtud de este último fallecimiento las coronas de Aragon, Nápoles y Sicilia; por la de su abuela materna, las de Castilla, Leon y de Navarra; por la de su padre los Países-Bajos, el Franco-condado y todo cuanto poseia la antigua casa de Borgoña, á excepcion del ducado de este nombre. Bien pronto iba á entrar en posesion de los estados de Austria á la muerte de su abuelo paterno el emperador Maximiliano; pudiendo li-sonjearse de que le sucederia igualmente en la dignidad de jefe del imperio. Lo que aquel famoso fundador habia debido á treinta años de guerras y conquistas, lo poseia este príncipe en la flor de su existencia. Era la sucesion inmensa, magnífica y brillante; mas los hombres

(1) Son tan pocos y considerables los hechos de que hacemos mencion, tanto en este capítulo como en el siguiente, que casi son inútiles las citas. Los consignan ó á lo menos no los niegan los historiadores de la época, tanto nacionales como extraños: Sandoval, Ferreras, Ulloa, Vera y Figueroa Zenocaro, Gucchiardini, Paulo Jovio, Robertson, Mézeray, Anquetil, Daniel, etc.